

El Arte de España desde 1975 a 1985

Todo lo acontecido en nuestro país desde hace diez años: el final de la Dictadura del General Franco, la instauración de la Monarquía Constitucional, el comienzo de la Democracia Parlamentaria, las elecciones libres, etc., constituyen una serie de hechos tan importantes para la vida y la convivencia de los españoles, que nos deben hacer pensar en qué medida esos hechos han incidido en las diferentes actividades de nuestra sociedad. Así, si ponemos nuestra atención sobre las Artes Plásticas, nuestra pregunta es si, en ese campo, han cambiado las cosas, si notamos diferencia entre lo que se hacía antes de 1975 y lo que se ha hecho después.

Antes de dar una respuesta concreta, conviene no olvidar lo siguiente: El Arte Español, sobre todo la Pintura, había adquirido, desde la década de los sesenta, una vivacidad, una presencia en el mundo que nos parecía insólita dadas las circunstancias en que se desarrollaba la vida nacional. Esto es debido, claro está, en primer lugar al talento personal de los artistas. Pero, en parte, también a que la presión oficial (censura, etc.) incidía menos sobre la Pintura que sobre otras actividades creadoras (Teatro, por ejemplo). Además, este Arte de los sesenta no surgía en un desierto. En los años anteriores, durante el período del aislamiento cultural de España, un grupo de artistas desarrollaron una pintura refinada, quizá melancólica, que transcurría por cauces propios, sin seguir lo que se llamaba (sin saber muy bien lo que se quería decir) «Arte Tradicional», y también desconectada de lo que denominamos con una palabra cuyo significado es cada vez más impreciso: «La Vanguardia».

Estos artistas (Eduardo Vicente, Francisco Arias, Ángel Ferrant...) no gozaban de la protección oficial, no eran, desde luego, tenidos en cuenta por la crítica internacional que, en gran parte, los ignora todavía. No figuran en los pomposos diccionarios de Arte Contemporáneo ni en las antologías del Arte del Siglo XX.

Pero fueron creando un ambiente, un público atento (quizá poco numero-

so), y fueron la base de exhibiciones y galerías que, hacia los sesenta, pudieron servir de cauce para mostrar las obras de una nueva generación que ya pudo traspasar las fronteras y, en circunstancias más favorables, tomar contacto con el mundo internacional del arte y de la crítica, e incluso a veces contar con algo de protección oficial, a pesar de que el estilo, el carácter de lo exhibido contradecían lo que se suponía el tradicionalismo del Régimen.

Por todo esto, y como respuesta a lo que nos planteábamos al principio, debemos decir que, en nuestra opinión no vemos ruptura a partir de 1975. Quizá lo más valioso de lo que vemos ahora, en cuanto a artistas en activo, es la madurez, la plenitud de un arte cuya evolución comienza antes de 1975.

Continuamos viendo las obras de Redondela, Alvaro Delgado, Mampaso, Zobel, Tapias, Canogar, Lucio Muñoz y otros muchos que ya nos eran familiares hace diez años. Sus nombres se repiten en exhibiciones antológicas del Arte Contemporáneo Español. Su cotización se mantiene. Desde los sesenta no han dejado de estar en primer plano. Me apresuro a decir que me parece justo y me enorgullece su éxito nacional e internacional, como español y como pintor. Lo que entristece un poco es que algunos de la época más difícil, de la época del aislamiento cultural, estén hoy casi olvidados, y su obra no goce de la luz de los focos de la atención en la medida que debiera.

Pero al mismo tiempo se lee con frecuencia la frase «Pintura Joven», nuevos valores. ¿Los hay? Espinosa cuestión. En primer lugar yo no creo que el arte que presenta caracteres de novedad, de frescura juvenil, sea producido por artistas jóvenes, cronológicamente hablando. Se puede ser joven y hacer un arte viejo, gastado, y al contrario. ¡Durante estos diez años las exposiciones que producían un efecto «más joven» eran las obras de un hombre que había repasado los 85 años! Me refiero a Joan Miró. También podemos recordar el efecto de atrevimiento, de audacia, que producía la exposición de Benjamín Falencia, Celebrada poco antes de su muerte, a avanzada edad.

•Quizá peco de injusto o de no conocer todo lo que se produce, pero quiero decir con toda sinceridad que no he visto en los últimos años algo de lo que podamos decir que signifique la irrupción de algo nuevo, desconocido.

Recientemente un conocido pintor, ya maduro, decía que la pintura joven española era «mimética». Siento decirlo, pero estoy de acuerdo con él. Produce perplejidad que en recientes exposiciones de llamada pintura joven se nos haga ver como nuevo lo que solamente es la continuación, en pobre, del expresionismo abstracto norteamericano. Da la impresión de que muchos artistas jóvenes, en vez de extraer su inspiración del espectáculo de la vida, o de una profundización en sus propios sentimientos, trabajan buscando el parecerse a «lo» que se hace, a «lo» que triunfa, a «lo» que aparece en las revistas de arte de Nueva York.

Más arriba hemos hablado del aislamiento, de la incomunicación de los artistas españoles con el exterior, hace cuarenta años. Hoy, por lo que se ve, acontece con exceso lo contrario. Demasiadas publicaciones, demasiadas fotos en color, demasiadas llamadas de atención a un lado y otro del sendero hacen que

el pintor vaya a bandazos en vez de hacer «su camino al andar». Parece que los jóvenes artistas están poseídos de una prisa febril, por ser colocados, clasificados, dentro de las tendencias de moda.

Por otra parte, desde hace unos cinco años, se ven con frecuencia obras en las que, queriendo reaccionar contra lo abstracto, y bajo la etiqueta de nuevo realismo, los pintores muestran un acusado virtuosismo en reproducir una silla con un trapo arrugado, o las piedras de una tapia. Creo que hay que llamar la atención sobre el peligro que esta tendencia encierra. Una verdadera vuelta a la realidad (la verdad es que muchos no nos hemos alejado nunca de ella) no es eso. Es buscar en nuestro entorno aquello que más nos emocione, seleccionar lo que para nosotros suponga una síntesis del mundo en el cual estamos inmersos.

En todo caso, las vías por las cuales un pintor joven, que inicia su carrera, puede acceder al público, forman un conjunto bastante confuso. Quizá el viejo sistema de las Exposiciones y Concursos Nacionales tenía muchos defectos y hoy nos resultaría inoperante y anacrónico. Pero la realidad es que no hemos encontrado ningún otro que sustituya a aquél, aunque haya certámenes con premios y abundantes exhibiciones colectivas. Parece verse una creciente influencia de las Galerías comerciales que a través de Ferias y Mercados presentan «sus» artistas. No hay en realidad nada que oponer a ese sistema, pero no puede evitarse una cierta desazón al ver a los jóvenes pintores «pertenecer» desde muy pronto a los intereses del comercio artístico.

Si después de estas consideraciones sobre el arte que se produce, lanzamos una ojeada a la relación entre el arte y la gente, a la difusión del arte, a la presencia del arte en la vida social durante estos últimos diez años, nuestro balance es altamente positivo. Madrid es hoy una de las capitales de Occidente con mayor número de exhibiciones interesantes cada temporada.

Pero antes de comentar un poco más eso, creo justo decir que en parte, es también continuación, plenitud de algo que había comenzado antes del '75. Esto se olvida con frecuencia. ¿Quién recuerda ahora una estupenda exposición de grabados de Picasso, que contra viento y marea se realizó en pleno franquismo bastante antes del '75 en las salas de Arte Contemporáneo del edificio de la Biblioteca Nacional?

Volviendo al panorama de la vida artística madrileña en estos últimos años, vemos con alegría que no sólo el calendario de exposiciones es apretadísimo, sino que el público acude masivamente a ellas. Están «llenas de gente». Esto es evidentemente esperanzador, aunque con frecuencia nos resulte incómodo.

Museos del Estado, entidades oficiales, municipales, privadas, Bancos, etc., parecen rivalizar en muestras antológicas de artistas, en retrospectivas, en exhibir colecciones privadas, etc., que van llenando las lagunas de un conocimiento del Arte Español y Extranjero. Muchos aspectos del Arte, sobre todo moderno, que sólo eran conocidos si se viajaba fuera de España, empiezan a ser familiares a los madrileños. Henry Moore, Matisse, Francis Bacon, Gargallo, Picasso, Dalí, Cezanne... han llenado ya con sus obras la mañana del domingo de miles de familias madrileñas.

Las grandes exposiciones en el Prado de El Greco y Murillo, en cuanto al Arte antiguo español se refiere, han sido hitos importantes. Hemos podido gozar, plenamente, de la maravillosa calidad de la obra de Murillo, de sus sensuales y al mismo tiempo tensas y sueltas pinceladas. Y quizá, pensar con nostalgia y melancolía, qué nos habría dejado, si su fabulosa capacidad para captar lo femenino, hubiese podido expresarse con menos túnicas y mantos.

Además, la mayor parte de las exposiciones importantes van acompañadas de catálogos que son excelentes libros, resultado de investigaciones serias y que superan en mucho al lujoso y caro «libro de arte».

Otro aspecto enormemente positivo del panorama de exposiciones en los últimos años ha sido la posibilidad de volver a contemplar y apreciar en su justo valor (que siempre es más alto de lo que creíamos) el Arte Español del próximo pasado. Buenos ejemplos de esto son las exposiciones de López-Mezquita y de los Madrazo, dentro del magnífico programa que va cumpliendo desde hace años el Museo Municipal de Madrid.

Dentro de esto, fue de gran interés la exposición dedicada a «Las Mujeres Pintoras», porque nos permitió volver a ver, con pintoras actuales como Amalia Avia o Carmen Laffon, obras de Rosario Velasco, o Julia Minguillón, hoy casi olvidadas con gran injusticia.

^f Debemos destacar la atención que va mereciendo, en el Arte del próximo pasado, algún aspecto tenido erróneamente por arte menor. Me refiero a exposiciones como la de Penagos (cuyo nombre figura en un concurso que ha brindado la oportunidad de admirar una colección de dibujos de Manuel Alcorlo), la de Carteles publicitarios, caricaturas, etc... Hoy, abrumadas nuestras perspectivas urbanas con una publicidad fotográfica que nos presiona a través de sus vulgares imágenes, para que nos lavemos mejor o nos pongamos unos ajustados pantalones, esas exposiciones nos muestran una magnífica época, la de los treinta, en la que un plantel de magníficos dibujantes ponían su talento al servicio de una propaganda comercial menos agresiva y más elegante.

Antes de concluir estas deshilvanadas notas sobre la vida artística en estos últimos años, conviene hacerse alguna pregunta. ¿Qué sucede con la Escultura Urbana? Se han colocado algunas estatuas de personajes políticos recientes. Pero parece que esto no llama la atención, no se habla de ello, no se publican casi fotografías, se inauguran sin que casi nadie se entere. ¿Por qué? La Escultura Urbana nos interesa a todos. La tenemos que admirar o sufrir, según los casos, al andar por nuestras calles. La Pintura la vamos a ver a las exposiciones, pero la Escultura debe salir al paso. Las ciudades crecen, pero las obras de verdaderos escultores cada vez son más escasas en nuestros espacios urbanos.

Y continuando este tema, ¿qué ha sido de aquellas estupendas esculturas de Mateo Hernández que hubo en el Retiro? Una mayor presencia de la Escultura en la calle quizá contribuyese a limar asperezas en nuestra convivencia.

Continuidad de valores en plenitud, una cierta desorientación juvenil y creciente contacto masivo y entusiasta entre el Arte y la Gente son quizá aspectos destacados de la vida artística durante estos últimos diez años.

A. R.*

* Crítico de Arte.